

En esos dias, cuando empezaban á transcurrir los primeros meses del año de 1730, se colocó en el espacioso coro de la suntuosa catedral de Méjico, la magnífica reja de metal de China, construida en la ciudad de Macao, conforme á los dibujos que se habian enviado de la Nueva España. La obra es costosa y admirable, y digna de ser examinada por los hombres amantes á las artes. Todo parecia empeñado en concurrir al lustre del gobierno del virey. Querido de todos, sus órdenes se ejecutaban con gusto, y nadie tenia para él mas que palabras de elogio. Todo prosperaba bajo su acertada direccion. Para que nada faltase á la satisfaccion de la sociedad, empezaron á llegar con alguna regularidad á Veracruz los envíos de azogue, y en ese año de 1730 se recibió una cantidad crecida que llenó de regocijo á los mineros y que dió notable impulso al comercio de las poblaciones próximas á los ricos minerales.

1731. No causó menos placer á los comerciantes de la capital la llegada del galeon de Filipinas al puerto de Acapulco. Esos galeones, que arribaban generalmente á la Nueva España en el mes de Diciembre, eran entonces de imponderable utilidad al comercio de aquella parte de la América. Habiéndose pasado en España casi todo el siglo en guerras, y viéndose cubiertos los mares de piratas, el comercio entre el Nuevo Mundo y el antiguo se hallaba con frecuencia interrumpido. Los comerciantes españoles no se atrevian á enviar sus mercancías desde la Península, sino cuando marchaba á las colonias españolas alguna flota, pues remitirlos en buques mercantes que no fueran escoltados, era exponerlos á que

cayesen en poder de los corsarios. No sucedia lo mismo con el comercio con el Asia. En los treinta y un años que corrian del siglo, ningun barco corsario se habia dejado ver por el mar Pacífico. Por él marchaban los galeones sin encontrar enemigos, y volvian al puerto de Acapulco libres de todo peligro. Esta seguridad y la preferencia que los habitantes de la Nueva España daban á las manufacturas de China sobre las de Europa, por ser los tejidos de seda y de algodón propios para los climas templados, hacia que el comercio se interesase en ellos. El galeon, pues, que llegó al puerto de Acapulco en ese año de 1731, sirvió de verdadera satisfaccion á los mercaderes y al público. Condujo á su bordo, segun consta en la *Gaceta de Méjico*, perteneciente al mes de Febrero, dos mil setecientos sesenta y siete fardos, cuarenta y siete mil cajones, quinientas cincuenta y cuatro churlas de canela, ciento cuarenta y siete marquetas de cera, cincuenta y una balsas de porcelana de la China, doscientos noventa picos de pimienta, y noventa y cuatro de estoraque. Esto componia lo principal del cargamento del galeon; pero no todo, pues se agregaban á los artículos expresados, considerable número de mercancías en cortas cantidades, y no pocos renglones que pasaban sin registro. En el momento que se tuvo noticia en Méjico de la llegada del galeon, publicó el consulado el dia en que se abriria la feria. Los comerciantes de las diversas provincias se disponian para hacer sus compras, y de repente el puerto de Acapulco y sus alrededores, siempre desiertos, se veian cubiertos de gente de todas partes, convertidos en rico emporio, lleno de vida, donde circulaba el dinero en

abundancia. Estas ferias anuales eran de sumo provecho á los habitantes de aquella provincia, pues vendian con estimacion sus productos agrícolas, y les proporcionaba comodidades de que, sin ese motivo, hubieran carecido.

En ese mismo año de 1731, el virey, marqués de Casafuerte, envió á la provincia de Tejas una colonia de individuos nacidos en Canarias, que se establecieron en una villa que, con anticipacion, habia mandado fundar. Los colonos quisieron dar á la ciudad el nombre de Casafuerte, en honor del gobernante que la habia fundado; pero el virey, verdaderamente modesto, no quiso que se le tributase aquel honor, y por indicacion suya se llamó San Fernando, en memoria del heredero de la corona.

1732, 1733 y 1734. El marqués de Casafuerte, ocupado siempre en obras de utilidad pública, hizo que se pusiera en excelente estado la calzada de San Cristóbal, cuyas compuertas solian alzarse por Carnestolendas, para que las aguas fuesen á desembocar en la Laguna de Texcoco, pues es la época en que se hace abundante pesca; mandó hacer importantes mejoras en la plaza de Acapulco, y se llevaron á cabo otras obras muy precisas.

Cuando el digno gobernante se entregaba con infatigable afán á la noble tarea de labrar la felicidad de sus gobernados, cayó enfermo, y el día 17 de Marzo de 1734 falleció con general sentimiento, despues de haber gobernado con singular acierto por espacio de doce años la Nueva España. Su integridad fué proverbial, y bastará referir un hecho, para dar al lector una ligera idea de ella. Queriendo un particular, llevado del cariño que le inspiraba por sus virtudes, darle una prueba de su apre-

cio, le envió un regalo por medio de uno de los oidores mas respetables, creyendo seguro aquel conducto para que lo recibiera. El virey, no obstante las consideraciones que guardaba al oidor, se negó á admitir el presente. El oidor se esforzó entonces en persuadirle que el individuo que hacia el regalo guardaba una excelente posicion; que no tenia dependencia ninguna con ningun tribunal; que era completamente ajeno á los puestos públicos, y que su objeto no era otro que el de darle una ligera prueba de lo mucho que le estimaba. El virey puso fin á la entrevista con las siguientes palabras: «Si recibes regalos, venderás la justicia.» Pasado algun tiempo, aquel mismo individuo se vió envuelto en un pleito que le promovieron. El virey llamó entonces al oidor, y le dijo: «Ahora es tiempo de que con toda libertad se vea la causa de D. N...»

Los funerales de este noble gobernante se celebraron con notable fausto, y su cadáver se enterró en la iglesia del convento de recoletos de San Francisco de San Cosme, en cuyo presbiterio se conserva aun su sepulcro.

Trigésimoctavo Muerto el marqués de Casafuerte, el oidor virey D. Antonio de Vizarron y Eguiarreta, arzobispo de Méjico. decano, marqués de Villahermosa, citó á la real Audiencia para acuerdo extraordinario pocas horas despues del fallecimiento. Reunidos en la sala de juntas, y dada fé de *cuero muerto* por los escribanos de cámara, se procedió á abrir el pliego llamado de mortaja, reservado en el archivo secreto del mismo real acuerdo. Leido por el secretario, se vió que el nombrado para sustituirle era el arzobispo de Méjico, D. Juan Antonio de Vizarron y Eguiarreta.

Hecho cargo del mando el arzobispo virey, manifestó en todas sus providencias que era digno de ocupar el puesto del recto gobernante que le habia precedido.

1735. Notables servicios habia prestado la Armada de Barlovento los años anteriores, persiguiendo el contrabando que hacian los comerciantes de Inglaterra en las posesiones españolas de América. Mandada por jefes incorruptibles y valientes, habia apresado considerable número de embarcaciones inglesas que iban á desembarcar sus mercancías en las islas y en las costas de la Nueva España. Un grito de indignacion lanzaron los comerciantes de Lóndres contra la España, al ver que se les arrancaba de las manos una ligera parte de las enormes utilidades que les dejaba su criminal contrabando. No reconociendo mas derecho ni justicia que los del interés particular y las ganancias de su ilícito tráfico, alborotaron á la plebe contra los españoles pidiendo á gritos la guerra, y obligaron al rey á enviar á Lisboa una escuadra de veinticuatro navíos de guerra. Parecia que era inevitable una nueva lucha entre las dos naciones. Felipe V, que tenia preparada una flota cargada de valiosas mercancías para enviarla á Méjico, al tener noticia de lo que pasaba pidió una explicacion al ministro inglés Keene, diciéndole al mismo tiempo que, en virtud de la paz celebrada, habia aprestado una flota que debia partir en breves dias, y que pues se trataba de intereses comunes, ya que en las mercancías embarcadas estaban comprometidas muchas fortunas inglesas, le pedia una respuesta satisfactoria, si podian ó no salir bajo la garantía de los tratados celebrados. La respuesta

fué como la corte de España deseaba, y la flota salió de Cádiz sin temor, y la Armada de Barlovento continuó persiguiendo el contrabando.

1736. Cuando la Nueva España veia prosperar su comercio y su riqueza bajo el acertado gobierno del arzobispo virey, la terrible epidemia llamada *matlazahuatl* se presentó á fines de Agosto derramando la consternacion y la muerte en sus habitantes, pero muy especialmente en la clase indígena. Ya he hablado otra vez de esa funesta enfermedad que causó en 1676 dos millones de víctimas. Pues bien, no se manifestó menos mortífera en 1736. La horrible epidemia empezó en un obraje de Tacuba, y desde allí se propagó con la velocidad del rayo á la capital y sus inmediaciones, extendiéndose á Puebla, luego á Guadalajara y por último á todas las provincias. El Hospital Real y otros ocho que tenia la ciudad, se llenaron de enfermos á los pocos dias. No bastando sus amplias salas á contener el número de atacados, se levantaron otros tres, y por último se destinaron al mismo objeto varias casas en diversas calles y barrios de la ciudad. El arzobispo virey, el Ayuntamiento, el clero y los particulares ricos, se esforzaron en socorrer á los desgraciados y en evitar, en lo posible, los estragos de la horrible peste. Las víctimas que llevó al sepulcro ascendieron en la capital, segun registros que se llevaron en los libros parroquiales, á cuarenta mil ciento cincuenta, sin que entren en este número los que los indios arrojaban en las acequias y enterraban sin dar aviso. En Puebla murieron mas de cincuenta y cuatro mil. Las víctimas que causó en las demás ciudades de las diversas provin-

cias, estuvieron en la misma proporcion, y pueblos hubo que quedaron completamente desiertos.

1737 La desoladora epidemia habia ido recor-  
y 1738. riendo el país, pasando de un territorio á otro desde que empezó en la capital, hasta que terminó, en 1738, en los confines de las mas lejanas provincias. Casi todas las víctimas pertenecieron á la clase indígena. Los campos quedaron escasos de brazos para trabajar, y cosa igual sucedió en las minas. A la falta de individuos para explotar los metales, se agregó la carencia de azogue que hacia algun tiempo no llegaba de España. El consumo que los mineros hacian anualmente de él, no bajaba de cinco mil quintales, sufriendo graves perjuicios cuando escaseaba. Por fortuna, cuando acababa de desaparecer la peste, llegaron cinco navíos cargados del ansiado metal.

1739. Provistos de azogue los mineros de la Nueva España, el arzobispo virey hizo que se publicase el despacho de platas, dando el tiempo necesario á los comerciantes para que juntasen los caudales que quisiesen enviar. Ya dos años antes habian salido para España, en la flota mandada por el teniente general D. Manuel Lopez Pintado, catorce millones seiscientos treinta y cinco mil quince duros pertenecientes á la corona y á los particulares, sin contar el oro acuñado, plata y oro labrado y varias mercaderías valiosas.

Publicada y fijada la salida de la flota que debia conducir los tesoros reales, los comerciantes empezaron á reunir las cantidades que anhelaban remitir. Sin embargo, no todos se atrevieron á verificar el envío de las

sumas que deseaban mandar. Se sabia en Méjico que la Inglaterra estaba para declarar la guerra á España, sin que existiese mas motivo que el haberse negado á la injusta pretension de que le entregase los buques ingleses que la Armada de Barlovento habia apresado en las costas de la América al hacer el contrabando. La corte española habia contestado al ministro inglés recordándole el tratado de 1670, por el cual se prohibia á los súbditos de la Gran Bretaña navegar por las costas de América pertenecientes á la corona de Castilla, y haciendo ver que habiéndose hecho las presas en sus aguas, estaban sujetas á la ley de la confiscacion. La justicia de la España era manifiesta; pero no por esto habia mas confianza de que quisiera atenderla el gobierno inglés.

Expuesto era en ese estado de incertidumbre y de temor enviar caudales de Veracruz á España. La guerra podia romperse de un instante á otro y caer los tesoros en manos de la escuadra inglesa. Mucha fuerza tenia en el ánimo del arzobispo virey esta consideracion; pero como el monarca le habia dado orden de que hiciese las remesas posibles, se resolvió á correr el riesgo, y la flota salió con los caudales de la corona y de los particulares. Poco despues llegó á tenerse noticia de que la guerra estaba declarada; pero, por fortuna, la flota llegó sin contratiempo á su destino.

1740. Con la buena administracion del arzobispo virey y la abundancia de azogue que hubo por las muchas remesas que se hicieron de ese metal á la Nueva España, tuvieron un notable aumento las rentas reales en 1740. Fué el virey que mayores remesas de caudales

hizo á España, sin haber echado mano de depósitos ni de otros fondos, dejando aumentado el fondo destinado á la Casa de Moneda. Querido del país entero, procuraba con sus acertadas medidas no enajenarse ese cariño, y trabajaba para corresponder á la confianza que en él tenían los pueblos. Únicamente en la lejana provincia de Sonora se verificó una insignificante sublevacion, que si nada tuvo de importante, es digna de ser conocida por el extraño origen que tuvo. Un indio de nacion Guaima se presentó en los pueblos indígenas, manifestándose profeta y enviado por sus dioses. Les dijo que habia llegado el dia de acabar con la religion cristiana con que los hombres blancos ofendian á las divinidades que habia adorado el país; que tomasen las armas para desagruar al cielo, y que él, si los españoles trataban de ofenderle, les convertiria en piedras. Los supersticiosos indios, creyéndole realmente un enviado de sus dioses, empuñaron las armas, y una gran parte del territorio de Sonora se levantó á la voz del profeta. El capitan D. Juan Bautista de Ausa, gobernador de aquel distrito, se dirigió contra los sublevados y logró prender al amotinador. Conseguida su captura, fué ahorcado el dia 1.º de Junio, con notable asombro de los indios, que hasta el instante en que expiró estuvieron esperando que iba á convertir en estátuas de piedra á los españoles. Viendo que el profeta habia muerto sin petrificar á sus contrarios, dejaron las armas y volvieron á prestar obediencia.

El arzobispo gobernante continuaba, entretanto, conduciendo la nave del Estado por rumbo conveniente, y procurando embellecer la ciudad con nuevas mejoras

materiales. Hombre dotado de buen gusto, hizo renovar el palacio arzobispal de Méjico, y construyó el de Tacubaya en una situacion pintoresca, teniendo cuidado de manifestar, en una inscripcion que mandó poner en una esquina del edificio, que no lo habia construido como virey, sino como arzobispo, y para que sirviese á los que le sucediesen en esa dignidad de la Iglesia. Tambien se construyó en ese tiempo el colegio apostólico de San Fernando, fomentando con sus limosnas la obra, y á la cual contribuyeron con sumas crecidas varios particulares, contándose entre ellos el conde de Regla, que estuvo dando, por bastante tiempo, mil duros semanalmente.

Cuando el digno virey se ocupaba en cumplir religiosamente con sus deberes de gobernante, llegó á la Nueva España D. Pedro de Castro y Figueroa, duque de la Conquista y marqués de Gracia-Real, para sucederle en el mando.